

Mitad monjes, mitad gudaris

(*El País*, 20. 06. 1988)

Que *Jaungoikoa* -el dios de los vascos- sea alabado, pues comienza a atender nuestras súplicas y a iluminar a alguno de los suyos. Las recientes declaraciones de Patxi Zabaleta, el vivo (para no confundirlo con su homónimo asesinado en Elgoibar), al nº 36 de EL GLOBO son una gozosa muestra de ello. El hecho de que todo un miembro de la Mesa Nacional de Herri Batasuna se preste a hablar de esta manera, constituye por sí sólo una alentadora señal: se empieza a dar paso al uso público de la razón y cabe ya esperar que nos encontremos al arranque del camino hacia la verdad en Euskalherria. Sería bueno, pues, penetrar en este portillo dialéctico que ahora se entreabre.

Para entrar con buen pie, no regatearemos parabienes ante las confesiones que rezuma una buena parte de aquellas palabras. El reconocimiento de la dependencia todavía actual de Herri Batasuna respecto de ETA, o sea, del protagonismo político, y no sólo castrense, de la organización armada; la admisión de la "mentalidad guerrillera y militar" de ETA, que forzosamente pugna por absolutizar su estrategia mortífera y marginar el trabajo político cotidiano; la firme voluntad de que, desaparecida ETA en un futuro más o menos próximo, "HB tiene que marcar las cosas" y "la futura organización para hacer política pase por HB"...: revelaciones son todas ellas que, no por sabidas por muchos, resultan menos esperadas por casi todos. Probablemente estamos asistiendo al ocaso de los guerreros de la tribu vasca. No es momento de preguntarse cómo ha podido el Sr. Zabaleta, hasta ayer mismo en franca minoría dentro de sus filas, soportar el alejamiento de las instituciones propugnado por HB y el jaleamiento entre sus correligionarios de los atentados perpetrados por su brazo armado. Toca más bien alegrarse de su ascenso a la cúpula de HB como síntoma de que tal vez en adelante esta coalición participe en la tarea institucional, como indicio de que algún día sus portavoces sabrán lamentar en voz alta, no sólo los muertos de y por ETA, sino simplemente el que ETA siga matando.

Porque tan decisiva como la "reconversión" de ETA en HB, y la consiguiente liquidación de aquella empresa militar, es la conversión de la propia HB. No sólo al etarra le será costoso el esfuerzo de abandonar su arma y acomodarse a la lógica civil. También muchos militantes de HB pueden experimentar dificultades a la hora de

enfrentarse políticamente a sus contrarios sin saberlos -o saberse- ya enfilados por las armas de su propio ejército. Pues lo malo no es que HB "significa una pervivencia de las ideas de ETA"; peor sería si entrañase la continuidad de algunos de sus hábitos. A este movimiento "heredero de ETA", como aquí se define a HB, no le basta en el futuro con sacudirse las órdenes de los generales. Para que HB sea de verdad una ETA civil y civilizada parece preciso, además, mostrarse capaz de desprenderse de ciertos modos de pensamiento y de conducta irracionales, iluminados, arrogantes, imperiosos, intransigentes; de ciertas actitudes, en suma, preñadas de aquel mismo espíritu militar del que se reconocen descendientes directos. Y aquí comienzan a detectarse en aquel texto notorias ambigüedades de las que no queda más remedio que guardar distancias.

Así, por ejemplo, se admite que mientras ETA siga matando la negociación que postula se vuelve difícil; pero se añade de inmediato, y por si acaso, que igualmente lo será mientras tenga muertos y encarcelados. Parece olvidarse que, si hoy ETA sufre bajas, se debe ante todo a que se empeña en matar. Y mata porque no puede alcanzar a través de la voluntad general los fines que persigue. Mejor dicho, y por siniestro que suene, ahora ETA mata para negociar, para hacer un alarde de fuerza antes de que le convoquen a la mesa de conversaciones. Sólo hay una salida que quiebre esta lógica maldita, y a HB le toca aceptarla y proponerla a sus mentores: que esta negociación no sea un pacto entre militares, sino entre civiles, y entre civiles -por lo demás- que en su inmensa mayoría no desean una paz mediada primordialmente por ETA.

"Lo que pasa es que se está produciendo una descomposición en la sociedad vasca..., una sociedad dividida en dos..., una guerra civil... Este es un riesgo del que debemos responsabilizarnos todos", sostiene asimismo este dirigente. Cabe preguntarse entonces si esa fractura entre nuestras gentes es la que existe entre *españolistas* y *abertzales*, que no revela ser de consecuencias tan fatídicas; o, como es de presumir, la línea divisoria discurre más bien entre ETA y huestes de HB, por un lado, y todo el resto de la población por otro. En el caso de que fuera esto último, ya se ve que tal escisión está muy desproporcionada y -por más que uno esté dispuesto a pechar con su parte de culpa en el pecado colectivo- no parece justo que todos carguemos con la misma responsabilidad e idéntica penitencia. Tal vez a unos, digo yo, les corresponda mayor propósito de enmienda que a otros.

"Uno de los modos más serios de luchar contra la actual confrontación civil, porque la violencia está en los dos lados de nuestro pueblo, es estar en HB", agrega en

otro momento el entrevistado. Si semejante confrontación pudiera reducirse a un hipotético enfrentamiento entre los partidarios de los policías de El Nani, comisarios organizadores de los GAL, torturadores de toda ralea... y los encarnizados adictos a los pistoleros de ETA, es de temer que la opción quedara en suspenso. Pero si ambos lados de la refriega son los más arriba dibujados; si en cada uno de ellos no se da por igual la violencia física, y sólo una mente paranoica se atrevería a hablar de que un lado está empeñado en el "exterminio cultural" del otro...; si todo esto es así, no se entiende bien cómo alistarse en la facción más belicosa del conflicto podría milagrosamente acabar con el conflicto mismo. A no ser que, contra lo que se proclama, atizar el fuego de aquella confrontación e impedir a todo trance que se apague sea requisito para mantener la vida del movimiento político propio. Se trata de reflexiones, en resumidas cuentas, que no dan la impresión de estar lo bastante liberadas del influjo de ETA.

Entre los navarros, *abertzales* o no, resultan bien conocidas la inteligencia y la buena voluntad de este miembro cualificado de Herri Batasuna. Sus meditaciones éticas, en cambio, aunque fuertes, no parecen ser su fuerte. Hay un ethos que aterroriza y de cuyas plasmaciones aquel piadoso *Jaungoikoa* nos debería pillar oportunamente confesados. El secuestro del Sr. Revilla, pongamos por caso, tiene como objetivo (junto al económico) "ejemplificar [*sic*] a otros". Si ejemplarizar equivale a amedrentar, coaccionar, escarmentar en cabeza ajena, mediante la muerte o la extorsión, no cabe duda de que ETA ha alcanzado cotas de ejemplaridad envidiables. Con ligeras variantes en sus métodos, el general Franco dejó durante cuarenta años bien ejemplarizados en este país a comunistas y nacionalistas, curas y masones, obreros y estudiantes. Los asesinatos de Aizpiri y Zabaleta ("que tenían fama de ser vendedores de droga" ...: tome nota el lector, por si ello le sirve para apuntarse a la matanza o disculpar a los matadores) sólo representan los últimos modos de conjugar aquel virtuoso verbo. Al enfrentarse así al mundo de la droga, "debo decir que la postura de ETA, manifestando su oposición con rotundidad, ha sido eficaz. Esa es la verdad". Si me lo permite, y en las debidas proporciones, la misma verdad y eficacia que las rotundamente probadas por el *Fuhrer* al emprender la solución final para los judíos.

Por eso, nada más descaminado que suponer de estas trágicas cuestiones que "su valoración ética es difícil de abordar". Será complicado ponderar su oportunidad desde la coyuntura local, estatal, internacional o como se quiera. Éticamente, al contrario, su valoración brota inapelable: el *no matarás* podrá ocupar el quinto lugar en la ley de Dios, pero indudablemente es el primero entre los mandamientos de los hombres.

Cuando, pues, HB dice reclamar de ETA que el señor Revilla sea liberado, interesa saber -para su correcta apreciación ética- si exige tal cosa con independencia del pago de su rescate. Y, sobre todo, conviene explicitar el argumento en que funda su exigencia: ¿porque la razón práctica prohíbe secuestrar y matar, o porque "si Revilla es liberado por Barrionuevo, supondría una derrota para ETA"?. Si "ninguna muerte es justificable ni siquiera en legítima defensa", según afirma este hombre de leyes, ¿cuánto menos lo ha de ser en manifiesta ofensa ilegítima?.

Entre la moral de la excelencia y la de la eficacia "ejemplar", entre la fuerza de la *virtus* política y la del tiro limpio, entre la violencia militar y el pacifismo militante..., los mejores de Herri Batasuna parecen no saber a qué carta quedarse. ¿Resultado quizá de ser mitad monjes, mitad *gudaris*?